

CARTA DEL OBISPO

EL DIOS DE LA ESPERANZA

+Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

El tiempo pascual es un tiempo para vivir la esperanza cristiana. Dios, que ha resucitado a su Hijo Jesucristo de entre los muertos, es la fuente de nuestra esperanza. Sólo Dios es el futuro definitivo de la historia y del hombre. Por tanto, sólo Él puede ser aquel en quien la esperanza de los hombres encuentra su verdadera razón de ser y su última meta. Es el “*Dios de la esperanza*” (Rom 15, 13). Cuando se desplaza a Dios del horizonte y del futuro del hombre, éste se queda sin esperanza. Una cultura *des-creída*, acaba siendo una cultura *des-esperanzada*. Es la cultura que provoca en muchos hombres y mujeres esa situación de lejanía que recuerda la carta a los fieles de Éfeso, refiriéndose a aquellos que en este mundo viven “sin esperanza y sin Dios” (Ef 2, 12).

La paternidad de Dios, su amor al hombre, es la fuente y la meta de la esperanza humana. San Pablo dice a los fieles de Roma que esta esperanza es cierta: no puede fallar, pues se apoya en el amor de Dios que “ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado” (Rom 5, 5). En Jesús se nos ha revelado que el misterio último del hombre lo hemos de buscar en el amor de Dios como Padre misericordioso, que es el horizonte en el que el hombre se comprende a sí mismo y en el que debe orientar toda su vida. Creer en Dios como Padre, es creer que desde Él, los hombres tenemos futuro y esperanza.

Dios nos ofrece esperanza incommovible en un mundo cuyo horizonte parece cerrarse a todo optimismo ingenuo. Él nos descubre el sentido profundo que puede orientar nuestras vidas en medio de una sociedad, que nos ofrece toda clase de medios de vida, pero no nos ofrece razones y sentido de la existencia. Él nos ayuda a descubrir la verdadera alegría en medio de una civilización que nos proporciona tantas cosas, sin poder ofrecernos algo que nos haga definitivamente felices.

En Dios tenemos la seguridad de que el amor triunfará, porque es más fuerte que la muerte. Ningún sufrimiento es definitivo. Ningún fracaso es absoluto. Ningún pecado es imperdonable. Ninguna frustración es definitiva. Ahora sólo podemos buscar a “*tientas*”. Pero un día nos encontraremos con Él y “*lo veremos tal cual es*” (1 Jn 3, 2). Dios habitará para siempre con los hombres y “*enjugará las lágrimas de nuestros ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo habrá pasado*” (Ap 21, 4).

Dios ha puesto en nosotros un *germen de totalidad y plenitud*, que espera manifestarse en la participación de la vida eterna. Por eso llamamos a Dios Padre, porque *crea* para los hombres sus hijos un futuro de esperanza y de crecimiento personal y colectivo. Llamamos a Dios Padre, porque *abre* nuestra vida, limitada por el espacio y el tiempo, a una dimensión de *eternidad*.